

particular favor del Señor atribuyo haber tenido trato familiar con aventajados siervos suyos, y ser ayudado de ellos en sus oraciones en esta vida y en la otra. Otros deo y muchísimos no conozco, doy inmensas gracias á Nuestro Señor por todos.» Hasta aquí el memoria-lito del santo Padre, de que se sirvió en el tiempo de los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, para encender su espíritu en fervorosisimos afectos de amor de su Dios y Señor.



LIBRO UNDÉCIMO

**En que se refiere el estado
y frutos de la predicación del Evangelio en las misiones
que la Provincia de la Compañía de Jesús
en la Nueva España conserva entre gentes bárbaras, y los sucesos
de ellas desde el año de 1644
hasta el de 1654, en que sale á luz esta historia.**

HABIENDO escrito en este tomo la historia y crónica de fundaciones de Colegios de nuestra Compañía en el Reino de Nueva España, y frutos de grande edificación que con la divina gracia en ellos se han conseguido, y habiendo antes sacado á luz otro tomo que con el título de Triunfos de la Fe escribimos de nuestras misiones entre naciones bárbaras, ahora por remate y corona de esta historia me hallo obligado á escribir y referir en este último libro, lo que después acá la Divina Bondad se ha dignado de obrar por medio de nuestros operarios evangélicos que están empleados en esas gloriosas empresas desde el año de 1644 en que las dejamos, hasta el presente en que sale á luz esta historia. Porque la misericordia divina, aunque á los hijos de la Compañía se les han ofrecido grandes dificultades y persecuciones que vencer, y aun derramar algunos su sangre por llevar adelante estas gloriosas empresas, con todo, no han alzado mano de ellas, ni Dios Nuestro Señor ha cesado de favorecerlas y concederles nuevos triunfos y victorias, y esclarecidos frutos de tan santos trabajos. Y como en aquel tomo solamente escribimos lo que tocaba á aquellas evangélicas misiones, sin tratar de lo que pertenece á todo el cuerpo de la Provincia, que está repartida por todo el Reino de la Nueva España; así para este libro último habemos reservado en escribir en particular lo que en ellas se ha obrado y es digno de memoria. De lo cual también se sigue, que aunque aquel tomo salió primero, pero á éste se le debe el título de primero, por tratarse en él de la historia general de toda nuestra Provincia, y en el otro de solas las misiones, que han sido uno de sus particulares y dichosos empleos; y primero escribiré de lo su-

cedido en la Provincia de Sinaloa, por ser la más numerosa de gente convertida y que se va convirtiendo á nuestra santa fe, y después hablaremos de otros puestos y naciones donde perseveran las mismas empresas.

CAPITULO I.

NUESTRAS CONVERSIONES DE PUEBLOS Y NACIONES QUE HAN RECIBIDO EL EVANGELIO Y LA FE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA DILATADA PROVINCIA DE SINALOA.

En la historia de los Triunfos de la Fe dejamos escrito que las principales misiones entre naciones nuevas en que nuestra Provincia de Nueva España, felicísimamente tiene empleados no menos que cincuenta y tres Sacerdotes hijos suyos, ha sido en la remota y extendida Provincia de Sinaloa, donde hasta el tiempo que escribimos aquella historia dejamos bautizadas y agregadas á la Iglesia unas trescientas mil almas. Y como esos Ministros del Evangelio no han dejado de trabajar en labor de esta viña del Señor, así Su Majestad no ha parado en ayudarles con su gracia, para que se hayan multiplicado y acrecentado esos frutos, lo cual se echará de ver por la relación que en el discurso de este libro haremos. Llegaba la predicación del santo Evangelio en la Provincia de Sinaloa á la nación de Sonora, distante de la villa, cabeza de la Provincia, ciento treinta leguas, y de la ciudad de México cuatrocientas. Seguíanse los pueblos de indios gentiles de dos pequeños valles, llamados Oposura y Cumupaz, que viendo que sus vecinos, los sonorenses, instruidos en nuestra santa fe y bautizados, vivían contentos con haber oido la palabra divina (término y lenguaje de que ellos usan para decir que ya son cristianos), movidos con ese ejemplo, pidieron á nuestros Padres que fuese uno de ellos á sus tierras y pueblos á enseñarles á ellos la Doctrina Cristiana, como á los demás cristianos, y bautizarlos. Alegres los nuestros con esta nueva, que también sería de grande alegría (como lo dijo Cristo Nuestro Señor) para los ángeles del Cielo; y hallando tan buena disposición en esta gente, señalaron un Padre que fuese á doctrinarla y traerlos al rebaño de la santa Iglesia. Y señalóseles el día que llegaría á su tierra; los indios de los dichos valles llegaban á cinco mil almas, los cuales mostraron bien el deseo que Dios por su misericordia les había dado, de verse cristianos, con los agasajos y festejos singulares que hicieron cuando llegó á su tierra el Padre; limpiaron el camino que era áspero, por espacio de quince leguas; levantaron, á trechos, arcos de ramas de sauces y álamos; habían formado y compuesto en sus pueblos cinco casas de petates, que son sus esteras de carrizo de cañas, con sus capillitas aparte donde descansase y dijese Misa el Padre. Y cuando llegó no menos mostraron su afecto, trayéndole y ofreciéndole de sus comidillas algunas cosas para su sustento, lo cual es necesario admitir, y más á los principios, de estas gentes, porque si no

se recibiese, se arredrarían y lo tendrían por desamor y desprecio. Demás de lo dicho, fueron muestras de su alegría, las aclamaciones de hombres y mujeres con que amontonados en las lomas, donde estaban sus rancherías, saludaban al Padre, diciendo en su lengua: «Seas bienvenido, nuestro Padre, que há mucho tiempo que te aguardábamos con deseo de verte y de que nos enseñases la Doctrina de los cristianos. Dios te guarde.»

Alegrísimo el Padre de hallar tan buena disposición en esta gente, se dió tan buena maña y puso tanta diligencia en ayudarles y darles noticia de la doctrina del Cielo y en enseñarles el camino de su salvación, que en espacio de un año los dispuso á todos, los catequizó y bautizó, y los redujo á dos pueblos, el uno llamado Oposura, nombre de su valle, y el otro Cumupaz; que los unos y los otros habían estado esparcidos antes en cuarenta rancherías, y lo ordinario es en estas gentes, con la fe, reducirse á vida política y racional y cristiana; los pares, que también en este tiempo quedaron puestos en estado del santo Matrimonio de cristianos, fueron ochocientos, los párvulos bautizados, como quinientos, con que quedaron formados los dos pueblos cada uno de cuatrocientos vecinos. Anduvo tan diligente esta gente en aprender la Doctrina Cristiana, que en tres meses la supieron todos de memoria y la cantaban por las calles de sus pueblos y casas. Fué tan dichosa y singular la conversión de estos pueblos, que cuando la veían otros más antiguos, cristianos, la admiraban y les causaba particular alegría; siendo así que otras conversiones de estas gentes suelen costar muchos trabajos, peligros y afanes; pero pasa en estas empresas lo que se experimenta en medio de los pueblos y repúblicas de muy antiguos cristianos, que en unos se logran y cogen felicísimos frutos de la semilla de la palabra divina y en otros se malogran y pierden. Pasó tan adelante el fervor de esta gente, que queriendo su Ministro tratar de edificar iglesias, medio que es muy importante no sólo para celebrar los misterios divinos y cristianos, sino también para hacer más asistente la gente en sus pueblos. Y habiéndose ofrecido una gran dificultad para esta obra, que era estar muy distante la madera que para su fábrica era necesaria, con todo, se animaron tanto estos indios, que se determinaron subir á una sierra asperísima, siete leguas distante, adonde ellos no solían entrar, así por su aspereza, como por estar cubierta de nieve; pero venciendo todas estas dificultades, cortaron y bajaron de ella en sus hombros doscientas vigas grandes, de cuarenta pies en largo, con que se edificó y cubrió una de las iglesias más capaces y hermosas que se pueden edificar en estas nuevas cristiandades, de que estos indios quedaron muy contentos de obra tan nueva y nunca vista en su tierra.

Y porque no quede en total olvido y silencio el Ministro que Dios eligió para esta santa y dichosa empresa, digo que fué el P. Marcos del Río, de nuestra Compañía, á quien fué Nuestro Señor servido de llamar y traer de la Provincia de Flandes, á que empleara el celo santo que de ayudar á las almas de los pobres indios le había Su Majestad comunicado; en los que estaban tan remotos, como fueron estos de la Provincia de Sinaloa; el que no contento con las dos poblaciones que ya tenía reducidas y en ellos entablada muy buena cristiandad, y teniendo noticia de otras rancherías de gentiles, siete leguas de su pueblo de Oposura, fué á cazar estas almas para Dios: que nombre de ca-

zadores dió el Profeta Jeremías á los que, después de los pescadores que eligió Cristo Nuestro Señor para Apóstoles, habían de ejercitar el ministerio apostólico de la salvación de las almas. Consignió de estos indios lo que su santo celo deseaba; redújolos á su población de cien vecinos, recibieron la luz del Evangelio los que vivían en la sombra de la muerte, bautizáronse y quedaron agregados al rebaño de Cristo. A estos pueblos quiso Nuestro Señor traer á su rebaño con la suavidad que habemos visto; pero en el capítulo siguiente escribiremos de otros, cuya reducción costó muchos trabajos y peligros.

CAPITULO II.

ESCRÍBESE UNA CARTA DEL P. JERÓNIMO DE LA CANAL EN QUE DA CUENTA AL PADRE PROVINCIAL CÓMO SE VA PROCEDIENDO Á LA CONVERSIÓN DE LOS GENTILES EN LA PROVINCIA DE SINALOA Y EN EL VALLE DE SONORA, DISTANTE DE LA CIUDAD DE MÉXICO CUATROCIENTAS LEGUAS AL PONIENTE.

Porque se entienda el celo y fervor santo con que los hijos de la Compañía perseveran en estas empresas evangélicas, de misiones entre naciones bárbaras, añadiré aquí esta carta de uno de los Padres misioneros, que há más de treinta años que se emplea en estas santas misiones de la Provincia de Sinaloa, doctrinando naciones que están en frontera de otras gentiles, y dice así en su carta: «Después que volví de México el año de 1646, entré con orden del Superior á bautizar adelante de mi partido (que era último del valle de Sonora) los pueblos Zenoguipe, Arizpe y Cucubaruniche. En el primero junté la gente que á la sazón había, y tratándoles del fin de mi entrada y predicándoles muy despacio de la necesidad del Bautismo (en que gasté quince días), no hubo quien quisiese bautizarse, antes me dijo el Gobernador del pueblo que primero se dejarían morir como perros que bautizarse. No me arredró esta respuesta por conocer la corta capacidad de la gente, y con esperanza de que continuando en mi ministerio vencería las dificultades, contentéme por entonces con bautizar los niños, y pasando nueve leguas adelante, llegué al pueblo de Arizpe; junté la gente y traté de que oyesen la palabra de Dios, aunque con algún recelo de que me sucediese lo mismo que en Zenoguipe; y así, después de haber dado á la gente algunos doncellos, prediqué de la necesidad del Bautismo, con las razones que más ajustan á su capacidad; y tratándoles del bien de la gloria que se alcanza por medio del Bautismo y de las penas del infierno que amenazan á los incrédulos que no se bautizan, pregunté al Gobernador si por lo que había oído quería bautizarse, juzgando que si él se bautizaba, se bautizaban todos. Respondióme en voz orgullosa (porque es indio de mucho brío) que de ninguna manera trataba de bautizarse, y diciendo esto se fué de mi presencia, y lo mismo hicieron y respondieron los demás muchachos de Iglesia que me acompañaban. Esto fué porque sabían

que no había podido convencer á los de Zenoguipe; llamé al dicho Gobernador, y díjele la pena que tenía de su respuesta y de los más, y de haber frustrado mi trabajo, y exhortéle á que se bautizase, trayéndole las razones que pude de conveniencia; gasté en esto cerca de quince días, y estando ya para volverme ó pasar adelante al pueblo tercero, volví á instar, y respondiome esta razón: «Padre, mañana me amanecerá el Sol más claro, y me vestiré de Jesucristo y tendré nuevo cuerpo y nueva alma,» fué decirme que se bautizaría al día siguiente (como lo hizo), porque estaba muy enterado de la doctrina aun antes que yo entrara á su pueblo. Preguntándole yo la causa de aquella mudanza, me respondió que le había hecho temblar lo que había predicado del infierno. Y lo cierto es, que con sufrimiento, paciencia y perseverancia, se consiguen admirables efectos en estas gentes. A ejemplo del Gobernador se bautizaron otros muchos, y en cada visita se iban bautizando hasta que se formó un pueblo de doscientos vecinos bautizados, que ya son muy afectos á la Iglesia, y especialmente el Gobernador, que en su modo de vivir parece indio predestinado; facilitó también á mi ver, añade el Padre, el bautismo de este pueblo, un caso que sucedió al principio cuando comencé á catequizar, y fué que un muchacho que estaba cazando pajarillos, tiró una flecha sin ver quién pasaba y la clavó en el pecho de una india cuatro dedos más abajo de la garganta, y entró un gemo; fuí con toda prisa y exhortéla á que se bautizase; que quizá Dios la libraría de la muerte por medio del santo Bautismo, y ya que no fuese así, lograría el Cielo; vino con ello, y catequizada con la prisa que pedía el caso, por juzgar que moriría luego por el veneno de la flecha, la bauticé, y al día siguiente, yendo á verla, la hallé buena y sana, sin señal de herida, que con dificultad la pude distinguir, y con esta ocasión la tuve yo á propósito para persuadirles que el Bautismo no mataba como ellos creían; esto sucedido, pasé adelante á Cucubasunichi, pueblo que según allí me dijeron los que me acompañaban, era de muchos hechiceros, de que ellos se preciaban. Antes que yo llegase, amenazaron de muerte á los indios que iban en mi compañía; y una india que vivía en una ramada en que se pusieron algunas de mis alhajas, de rabia de que yo fuese á su pueblo, derribó la ramada y esparció todas mis alhajas por el suelo; llegué y llamé á algunos pocos que estaban en el pueblo (porque los demás se habían escondido por no verme), hallélos más fieros de lo que pensé; no me di por entendido de ello, y sacando unas cuentas y otras cosillas, repartí entre los que había, diciéndoles que juntasen para el día siguiente los niños para bautizarlos. Toda aquella noche no cesaron las indias de acarrear sus alhajas, para salirse del pueblo, y los hombres se armaron de todas las armas que usan y rodearon la casilla en que yo estaba, quizá por ponerme miedo y obligarme á volver. Llegado el día siguiente, hice toda la diligencia por bautizar algunos niños, y aunque con dificultad, lo pude alcanzar, y sólo bauticé hasta cuatro ó seis. A esta sazón llegaron á mí dos indios, que sabiendo de mi llegada, vinieron aquella noche de seis leguas de allí, muy bien prevenidos de flechas; saludéles y preguntéles que por qué venían con las armas en las manos á hablarme, contra el uso de los demás, cuando llegan á saludar á los Padres; respondiéronme una excusa bien frívola, lo cual visto, les dí á entender que no temía yo sus armas, pues me veían sin ellas; que mi intento era alumbrarles con

la luz del Evangelio y darles á conocer á Dios verdadero, á lo cual uno de ellos respondió que no querían recibir á tal Dios, porque era Dios de mentira, y que los Padres engañaban á la gente con falsedades, y que los bautizados eran unos puercos en el cuerpo y alma, y que su Dios había criado la tierra, los ríos y valles; añadiendo tales y tantas cosas con tanta agudeza y abundancia y presteza en decir y responder, que se echaba de ver que se las dictaba el mismo demonio; quedé asombrado de ver tal audacia y de oír tales argumentos como el indio ponía, por ser contra el estilo de estos bárbaros; embravecióse de manera, que yo me persuadí que sin duda me mataría, aunque con gran consuelo, no por haber oído las cosas que me había dicho contra nuestra santa ley, sino porque ofrecía mi vida con buen título, y más, viendo que por los matorrales estaban los del pueblo escondidos con sus armas. Y es cierto, que si él diera una voz, acudirían todos y me matarían allí. Mas no merecí tanta dicha, aunque en mi ánimo me procuré disponer, ofreciendo á Nuestro Señor la vida, que casi tuve por evidente el perderla en la ocasión presente; y los que me acompañaban, aunque eran de su nación, no sabían dónde esconderse de miedo; hice todo lo posible por ganarlos, y viendo la mala disposición los dejé de ver entonces para volver en mejor ocasión. Cuando volví, fué en compañía del P. Ignacio Molarja, y este mismo indio nos mandó matar á entrambos, mas nadie se atrevió viendo que llevábamos muchos parientes suyos en nuestra compañía. Y es de considerar una razón que en esta ocasión dijo un indio, en que se ve cómo alumbró Dios á estos bárbaros (como cada día experimento); la razón fué, que tratando si los llamaría ó no para predicarles por verles tan mal dispuestos, dijo: «Padre, predícales tú la palabra de Dios, y corra por cuenta de ellos el creer ó no creer, de que darán á Dios cuenta, y tú habrás cumplido con tu oficio.» Y otro dijo, habiendo oído el sermón: «Tú eres el primero que ha hecho resonar el nombre de Dios por estos montes.» Todo lo dicho me sucedió en los pueblos últimos hacia el Norte, los cuales hoy están ya bautizados, y los administra el P. Felipe Esgrecho, que tiene tres pueblos en distancia de catorce leguas.

«Yo dí la vuelta á tratar de bautizar á los de Zenoguipe, lo cual conseguí poco á poco aunque con mucha dificultad. Tengo al presente tres pueblos; el primero se llama Guepuca y es de doscientos sesenta vecinos; el segundo, hacia el Norte, se llama Vanamisi, y tiene ciento ochenta vecinos; el tercero es Zenoguipe y tiene ochenta vecinos, y si vuelven todos los que de él se ausentaron, habrá muchos más. Ocho leguas al Norte está el pueblo que bauticé y se llama Arizpe, y le tiene el P. Felipe Esgrecho; de cuándo en cuándo llegan á mi pueblo algunos indios gentiles á bautizarse y lo mismo á los demás Padres, y hoy está esta misión de nuestro Padre San Francisco Javier muy lucida, muy llena de pueblos, y todos los misioneros de ella en mucha paz, unión y caridad. Al Poniente tengo por vecino al P. Francisco Malvenda, catorce leguas; al Oriente al P. Juan de Ulter, quince leguas; al Norte al P. Felipe Esgrecho, seis leguas; al Sur al P. Pedro Pantoja, dos leguas. Y yo estoy edificando iglesias en estos pueblos, de los que de nuevo se han convertido á nuestra santa fe.»

De lo que hasta aquí dejamos escrito, se colige cuánto se haya aumentado, con la gracia y favor divino, en estas misiones remotas de la Provincia de Sinaloa la cristiandad, con el número de pueblos que

de nuevo se han convertido á nuestra santa fe, en ocho años que han corrido después que se imprimió la historia de los Triunfos de la Fe, donde escribimos de ellas, suponiéndose también que este dichoso acrecentamiento de cristianos no pára hoy en aquella Provincia con las incansables diligencias que los hijos de la Compañía ponen en extender el nombre de Cristo Nuestro Señor y los límites de su santa Iglesia, por estos confines del Nuevo Mundo. Y hasta aquí habemos hablado de los recién bautizados cristianos que se han multiplicado; pero porque no dejemos de decir algo del aprovechamiento en cristiandad de los que en la misma Provincia de Sinaloa há algunos años, aunque no muchos, que se bautizaron, añadiremos aquí algunos ejemplos que manifiestan la mudanza de vida y las costumbres tan devotas y cristianas que se ven ya introducidas en una gente que pocos años antes vivía en las tinieblas de su bárbara gentilidad, lo cual se conocerá por lo que diremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO III.

REFIÉRESE LA DICHOSA MUERTE,
DE MUCHA EDIFICACIÓN CRISTIANA, DE UN CACIQUE DE INDIOS
NUEVAMENTE CONVERTIDOS Á NUESTRA SANTA FE.

Testimonio será la dichosa muerte de este indio, lo primero, de que no tiene Dios Nuestro Señor abreviada su mano para conceder su gracia y divinos favores á estas pobres, aunque bárbaras naciones; y lo segundo, para que se eche de ver que los trabajos de los operarios que se emplean en darles noticia de la doctrina evangélica, no carece de grandes frutos. Todo lo cual se conocerá por la relación que aquí haremos del dichoso remate de vida de este indio principal que, siendo adulto, yo bauticé, teniéndome la santa obediencia, años antes, ocupado en las misiones de Sinaloa; y después murió, siendo su ministro de doctrina el P. Pedro de Villanuño, que por algunos años, con mucho celo del aprovechamiento de estas almas recién convertidas, administró los Santos Sacramentos á este indio, y por escrito me dió noticia de su dichosa muerte.

Una de las naciones que en la Provincia de Sinaloa se convirtieron á nuestra fe, aunque no de las primeras, fué la Zuaque, de la cual hicimos relación en la historia de los Triunfos de la Fe. A esta nación señaló por Gobernador el famoso Diego Martínez de Hurdaide á un indio principal llamado D. Alonso Theicul; gobernóla algunos años con mucha paz y gusto de sus naturales, en dos grandes pueblos á que se había reducido hasta el año de 1648, que hallándose ya de mucha edad y falto de fuerzas, dos años antes de su dichosa muerte renunció su oficio. En este tiempo se ocupaba en frecuentar á menudo los Santos Sacramentos, confesando y comulgando las fiestas de la Virgen Santísima, y las pascuas más solemnes, y otras fiestas de la Iglesia, y todas las veces que algún Padre de otro partido llegaba á su

pueblo de Zuaque á alguna fiesta, como lo usan los Padres misioneros de aquella Provincia, el visitarse y consolarse en el Señor para aliviar aquellas soledades con la presencia y vista de sus Hermanos. En todas estas ocasiones frecuentaba los Sacramentos el buen Don Alonso, y también no la perdía todas las veces que el Padre salía del pueblo á la visita de otros, como quien se preparaba tan de antemano para la buena muerte que deseaba. En ausencia del Padre, que estaba en otro pueblo, una mañana se hizo llevar allá con deseo de recibir los Santos Sacramentos, y llegando muy de mañana, antes de decir Misa el Padre le avisaron que estaba allí D. Alonso, y el Padre preguntó á los fiscales que á qué propósito se había hecho traer allí habiendo confesado y comulgado pocos días antes de haber salido el Padre de su pueblo, á lo cual respondió que venía con deseo de recibir los Santos Oleos y consolarse con el Padre; entonces lo entraron en hombros á la casa del Padre, y le dijeron al que iba como moribundo, que ya estaba el Padre allí para confesarle y comulgarle: abrió los ojos, y habiendo saludado al Padre, dijo se saliesen todos allá fuera. Preguntóle el Padre cómo se hallaba de salud, y que para qué había tomado trabajo de venir, sabiendo la puntualidad con que él acudía á todas horas cuando lo llamaban para estos ministerios; dijo que no le había sufrido su corazón á que le avisasen los fiscales cuyo es ese oficio, que estaban en sus milpas ó sementeras, una legua del pueblo; así, se había mandado traer á la presencia del Padre, por no dilatar el consuelo y las buenas nuevas que le traía; porque ha de saber, dijo el indio, Padre, que há muchos años que me fatiga un pensamiento de la cuenta que he de dar á Dios de mis días, y en estos dos años há que dejé el gobierno, han sido mayores los combates y las apreturas de mi corazón, no sabiendo en qué tengo de parar; y repetía en su lengua lo que corresponde á esta exclamación en nuestro romance: ¿En qué tengo de parar? ¿Qué ha de ser de mí en muriéndome? Han sido, prosiguió, estos pensamientos tan vehementes, que me han reducido á perder el sueño y á no comer de pura tristeza y apretura de mi corazón, y ayer viernes (que esto era en sábado), fué tanta mi tristeza y amargura, que prorrumpí en lágrimas y sollozos, á que mi mujer é hijos y toda la casa acudió á preguntarme la causa; yo les dije que era temor de la cuenta que había de dar á Dios de mi vida pasada; há muchos días, prosiguió, que me fatigan y afligen estos pensamientos y tristezas. Entonces comenzaron sus hijos é hijas á llorar, que era la gente más ejemplar y virtuosa del pueblo, y procurar de consolarle con buenas razones, y avivarle la confianza que debía tener en la misericordia de Dios y en el patrocinio de la Virgen Santísima; y por aliviarle en algo su dolor, le llevaron de comer, y dijo que no tenía gana ni apetencia de comida; que su mal era del alma, con intenso dolor y aflicción, que no le dejaba sosegar un punto. Entonces fueron tres hijos que tenía, á la Iglesia, llevando ofrenda de frutillas y maíces á la Virgen Santísima, y allí, de rodillas, rezaron con mucha devoción su Rosario y cantaron algunos motetes, en compañía de otras niñas que llamaron, porque fuese por la salud de su padre. Habiendo, pues, gastado largo tiempo en la Iglesia, encomendándole á la Virgen Santísima, volvieron á su casa y hallaron al enfermo sentado en su cama, con notables muestras de alegría y consuelo, bañado en risa y gozo que redundaba en el semblante. Preguntada la causa, dijo á

sus hijos cómo la Santísima Virgen le había hecho visita en compañía de nuestro Padre San Ignacio y San Francisco Javier, y le habían dado prendas seguras de su salvación; quitando de su alma las aflicciones y nublados que le turbaban y entristecían. Y así, que luego le llevasen á la presencia del Padre para que le olease, como lo hizo el sábado por la mañana. Haciéndose llevar al pueblo de Charay, donde estaba el Padre para decir Misa cantada en este tiempo á todo el pueblo, que como es costumbre acuden sin que falte alguno los sábados, domingos y lunes. Cuando refería D. Alonso este caso, «le estaba yo, dice el Padre en su relación, atendiendo, y al principio recelaba que fuese flaqueza de cabeza, que con la edad y enfermedad del enfermo le hacía delirar;» hasta que, dijo prosiguiendo su narración, «la Virgen Santa María nuestra Madre, me dijo: Alonso, hijo mío, no te dé pena de los pecados que cometiste en tu juventud; cuando no conocías á Dios, que esos en el bautismo se borraron y consumieron. Por las faltas que cometiste siendo cristiano estarás tres días en el Purgatorio, y morirás el sábado.» Quedó atónito oyendo semejantes razones de un hombre tan sencillo, que lo era, aunque de lindo natural y tan apacible, que jamás le vieron los suyos con enojo, ni que afligiese á los suyos; antes padecía muchas vejaciones por defenderlos y aliviarlos de los servicios que de ordinario hacen y padecen los naturales. Díjele: pues hoy es sábado, háste de morir hoy. Respondió levantando la mano: «agora no, el otro sábado he de morir; y añadió: yo no he hecho mal á nadie, ni levantado falso testimonio, ni he cometido homicidio, ni hurtado cosa alguna ni quitádola por fuerza. Esto de tomar en las milpas badeas, melones y elotes, es costumbre y usanza nuestra, que no defendemos la comida sino que con liberalidad nos socorremos en tiempo de abundancia y necesidad; sin reparar en mío ni tuyo, sino que hermanablemente comunicamos nuestras cosas, principalmente la comida. He padecido mucho por favorecer á mis súbditos y librarlos de vejaciones, y todo lo he llevado en paciencia. He acudido á las cosas de la Iglesia con mucho cuidado, sirviendo á los Padres y respetándolos, y procurando que todos los respeten y amen como deben; y así San Ignacio y San Francisco Javier me lo han agradecido y prometieron me ayudarían á la hora de la muerte.» Reconcilióse repitiendo lo que otras muchas veces había confesado, fué á la Iglesia donde oyó Misa y comulgó por Viático y recibió la Extremaunción; dejándome tan lleno de admiración como de consuelo, que lo recibí muy grande en mi alma; viendo cómo Nuestro Señor se comunica á los pobres bárbaros, ignorantes y simples; *et cum simplicibus sermocinatio eius*. Volviéronle sus hijos al pueblo y yo quedé esperando el suceso para publicarlo. De allí á siete días volví al pueblo de Mochicavi donde tenía su casa D. Alonso, con aquella curiosidad y deseo de saber si se cumplía lo que la Virgen había prometido á su devoto. Pero con las ocupaciones de acudir á otros enfermos y bautizar los nacidos en mi ausencia, y en esperar el recogimiento de la gente de las milpas al pueblo, y en otros embarazos, se me pasó de la memoria y no me acordé del enfermo, aunque traía intento por todo el camino de hacerle la primera visita, y sin llegar á mi casa ir á la suya á visitarle. Viernes á medio día me acordé estando á la mesa, y mandé llevasen al enfermo mi comida y que le preguntasen cómo estaba. A que respondió: «que agradecía la comida que le enviaba, y que gustaría más de la comida ce-

lestial para el alma pidiéndome le diese la Comunión el día siguiente, que deseaba salir de esta vida reforzado con el alimento celestial.» A la tarde le fué á ver, y preguntándole si tenía algo que confesarse, respondió: «que había confesado y repetido muchas veces á sus confesores todos sus pecados de su vida pasada.» Sábado, antes de amanecer, fué á la Iglesia vestido á lo español; con la mejor gala que tenía, con espada y daga, y plumero que el capitán Diego Martínez de Hordaide le había dado; é hincándose de rodillas al tiempo de comulgar, recibió con mucha devoción y ternura el Santísimo Sacramento, haciendo el Acto de contrición con muchos afectos y lágrimas, y se quedó en la Iglesia desde las siete hasta las nueve, dando gracias, con grande edificación de todos los que le vieron, y especial consuelo mío, que observaba con admiración y esperaba el fin del suceso, no cesando de dar gracias á Nuestro Señor, que así era maravilloso en aquellas naciones. A las once del día sábado, que la Virgen Santísima había señalado á su devoto, murió el buen Gobernador D. Alonso Theicul, cumpliéndose lo que había dicho ocho días antes de su muerte; domingo por la mañana se le hizo un solemne entierro, y el lunes se le dijo la Misa de difuntos y prediqué en sus honras, refiriendo el caso como me lo contó; si bien ya era notorio en todo el pueblo, antes que se hiciera llevar al pueblo de Charay en busca mía, con que se avivó y creció en gran manera la devoción y afecto tiernísimo para con la Virgen Santísima, celebrándose sus festividades con toda devoción espiritual, confesando y comulgando en ellas casi todo el pueblo.

CAPITULO IV.

REFIÉRESE OTRO CASO DE MUCHA EDIFICACIÓN,
Y ESCRÍBESE EL GRANDE APROVECHAMIENTO DE CRISTIANDAD
QUE SE EXPERIMENTA
EN ESTAS GENTES DE NUEVO CONVERTIDAS Á NUESTRA SANTA FE.

Aunque lo que queda referido en el capítulo pasado es buen testimonio de los frutos preciosos que se cogen de la predicación del santo Evangelio entre estas gentes bárbaras, pero esto mismo se confirmará con los casos y sucesos que en éste y otros capítulos siguientes se escribirán. A la dichosa muerte de D. Alonso, de que hablamos en el capítulo pasado, se siguió la de Benito Buiaseva, que viendo el ejemplo de su Gobernador le imitó en la devoción, confesando y comulgando muy á menudo, preparándose para la muerte, con que de allí á pocos meses remató su vida. Todos los días, sin faltar ninguno, oía Misa este devoto indio hincado de rodillas en medio de la iglesia; hacía disciplina los viernes y sábados, y muchas hasta derramar sangre, de que quedaba el rastro debajo del coro de la iglesia; los últimos días cercanos á su muerte se confesaba una y dos veces á mañana y tarde, y aunque le parecía al Padre que no estaba tan cercano á la muerte, y á veces le difería la confesión por ocupaciones precisas de acudir

á otros más enfermos, con todo, por su cotidiana importunación le confesaba y daba la comunión cada ocho días: un viernes, pues, como á las once de la noche, estando con un soldado español, de presidio de Sinaloa, vino á llamar al Padre una india de mucho juicio, llamada Luisa Rubí, que cuidaba de los enfermos, diciéndole que uno se moría y quería confesarse; preguntándole el Padre quién era, respondió que Benito Buiaseva, que venía de sus milpas (distan á las veces una y dos leguas del pueblo) á confesarse, porque se moría; salió á toda prisa el Padre en compañía del soldado español y fué á la casa del enfermo, al cual halló lavándose el rostro, pies y manos, y preguntándole para qué se lavaba, respondió con mucha alegría y con una boca de risa: «quiero, Padre, que me des los Óleos y mañana la Comunión, porque ya me muero, como otras veces te he dicho. Confesóse generalmente, y el día siguiente recibió el Viático y murió, rodeado de niños y niñas de la doctrina á quien él convidó, para que le cantasen y rezasen las oraciones en aquel trance. A que también el Padre le asistió, diciéndole la recomendación del alma, que entregó en manos del Señor, como se puede entender de quien tan bien se había preparado para el trance de la muerte; el soldado que le asistió en compañía del Padre y vió lo que había pasado, y la quieta y dichosa muerte que Dios había dado á aquel indio, quedó tan compungido, que trató de hacer confesión general y mudar de vida, casándose, por quitarse de una mala ocasión en que había vivido.

Escribiendo el año de 1653 un Padre, que es Superior en las misiones de Sinaloa, del aprovechamiento que se ve en indios y pueblos de algunos años atrás (aunque no muchos), convertidos á nuestra santa fe, y hablando de este aprovechamiento en cristiandad, lo significa con las palabras siguientes: «Sucédeles á estos indios, lo que al ciego que nunca vió, que si de repente le abriesen los ojos, le causaría admiración y pasmo ver las cosas que á los de buena vista por comunes no les causa novedad. Así esta gente, que estaba en la noche de su infidelidad, ya con la predicación y la mayor luz que cada día van teniendo del santo Evangelio, se les abren los ojos del alma y se admiran de lo que fueron, causándoles gozo el bien que ya poseen; y se alienan á procurar los bienes eternos del Cielo, y se avergüenzan de acordarse de lo que fueron; de aquí proceden las muchas confesiones que con grande satisfacción se hacen, la devoción en acudir á la doctrina, oír Misa y sermón, la devoción que tienen con el santo rosario y trayéndole al cuello; y demás de eso, una señalada devoción con los santos, y en particular con nuestro Padre San Ignacio y San Francisco Javier; la cual ha crecido con los favores que estos gloriosos santos han hecho á estos pobrecitos desvalidos, de los cuales referiré aquí algunos.

«En un pueblo, estando una india en reventadero de parto, muerta la criatura, y ella ya sin fuerzas para poder echar el cadáver corrupto, y sin esperanza de vida, estando tendida y sin remedio, acordó el Padre de ponerle una reliquia que consigo traía, de San Ignacio nuestro Padre, y haciendo saber á la moribunda el patrocinio del Santo en semejantes conflictos, le dijo se encomendase de todo corazón á él. Hizolo así la enferma, y poniéndole al cuello la reliquia el Padre se salió fuera á la ramadilla de la casa, esperando el suceso, con viva fe de que antes de partir había de salir de riesgo aquella pobre mujer. El